

La muerte de Homero

Ajeno a la incertidumbre que le deparaba su alcance de nombre con el aplaudido ciego de Grecia, Homero Bascuñán nació en Tamaya, entonces provincia de Coquimbo, el 8 de octubre de 1901 y murió en Santiago, capital de Chile, el 8 de agosto de 1998.

En los últimos tiempos parecía "estar repechando", como él decía. Vivió sus noventa y siete años sin necesidad de "bypass" ni marcapaso.

Nunca salió en televisión. Para los escritores "paltones" no existía.

Nunca viajó a París. Ni a Buenos Aires. Ni a Lima. Ni a Punta Arenas. Estuvo, en cambio, en Quincanque, treinta kilómetros al interior de Melipilla, invitado por su gran amigo y colega Juan Gabriel Bustos, el "Chipo-ro", en una comitiva que integraban Ramiro de la Vega, Fernando Díaz Palma, Mario Sánchez Latorre, Enrique Aracena y, naturalmente, el invitante, Juan Gabriel Bustos. El viaje hasta Melipilla lo hicieron en microbús. "Allí tomamos un auto y endilgamos hacia el remoto lugar". En el trayecto conocieron el nombre de algún villorio y el de varias haciendas: Codigua, Popeta, San Manuel, Culi-prán, Puro, Cabimbao. En Quincanque, en su casa situada en lo alto de una quebrada, los recibió Rosauro Quiroz, Chauro, "el que sería nuestro anfitrión durante el tiempo -muchas horas de grato pasar- que permaneciéramos en ese paraíso verde y aromado que no he vuelto a ver". No habían terminado de inspeccionarlo todo, cuando el Chauro llamó para festejarlos con el "ñachi" impajaritable en todo convite campesino. Ya tenía el cordero dispuesto y la jovial Carmencha corría con la palangana cargada de aliños. Momentos después la sangre caliente manaba sobre la cebolla y el orégano, en tanto que la dueña de casa revolvía todo con larga cuchara de madera... Y en menos que uno demora en escribirlo, cinco periodistas asombrados -dos de ellos serían premios nacionales con el tiempo- bebían como buenos caciques ese aperitivo que comprende los sacrificios y ritos de la raza ancestral.

En 1918, hacia el fin de la primera gran guerra, es decir, a los diecisiete años de edad, había sido "tiznado", canchador, calderero, oficial de "matapalos", palanquero, "paricular" y quién sabe cuántas cosas más en el Norte del salitre.

Cuando, muchísimos años después, en rueda de amigos hablaba de las pobres vendedoras de amor que habían quedado al garete con motivo del cierre de las oficinas salitreras, recordaba con especial afecto a la "Negra Lucía", a la "Rosa Chica", a "La Ploma", a "La Muda", a "La Car'e Caballo" y a tantas otras "que ya son polvo de olvido en la memoria". Fue después panificador, obrero textil, escritor, periodista, teósofo, singularísimo en todo por su caudalosa experiencia del mundo. Testigo de su siglo. En sus funerales, al que acudieron no sin el sacrificio de la mañana del domingo, los que enriquecieron su existencia conociéndolo, la emoción impidió que Enrique Ramírez Capello terminara de leer el estremecido discurso del adiós. Lo relevó Fernando Díaz Palma con el sereno recogimiento del instante. La sensibilidad de la gente agradecida, como en los viejos tiempos.